

nes espiritualistas ó retenerlos en la religion que las sugiere ?

Lo que voi á decir me perjudicará en concepto de los políticos. Creo que el solo medio eficaz de que los gobiernos pueden servirse para honrar el dogma de la inmortalidad del alma, es obrar siempre como si ellos mismos lo creyesen ; y pienso que conformándose escrupulosamente á la moral religiosa en los grandes negocios, es como pueden lisonjearse de enseñar á los ciudadanos á conocerla, á amarla y á respetarla en los pequeños.

CAPÍTULO XVI.

De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.

Existe un enlace mas estrecho de lo que se piensa entre la perfeccion del alma y la mejora de los bienes del cuerpo : el hombre puede dejar separadas estas dos cosas, y contemplarlas alternativamente, mas no podrá nunca separarlas del todo sin perderlas al fin ambas de vista.

Las bestias tienen los mismos sentidos que nosotros, y poco mas ó ménos quieren las mismas cosas : no hai pasiones materiales que no nos sean

comunes y cuyo gérmen no se encuentre en un perro como en nosotros mismos. ¿De dónde viene, pues, que los animales no saben proveer sino á sus primeras y mas groseras necesidades, miéntras que nosotros variamos á lo infinito nuestros goces y los aumentamos sin cesar?

Lo que en esto nos hace superiores á las bestias, es que empleamos nuestra alma en encontrar los bienes materiales hácia los cuales ellas son conducidas solo por el instinto. En el hombre el alma enseña al cuerpo el arte de satisfacerse; y por ser él capaz de elevarse sobre los bienes corporales y despreciar hasta la vida, cosa de que las bestias no tienen ni aun idea, sabe multiplicar estos mismos bienes hasta un grado que aquellas no pueden tampoco concebir.

Todo lo que eleva, engrandece y ensancha el alma, la hace mas capaz de salir bien aun en empresas en que no se trata absolutamente de ella. Todo lo que la enerva al contrario, ó la humilla, la debilita para todas las cosas así grandes como pequeñas, y amenaza hacerla casi tan inepta para las unas como para las otras. Por lo tanto, es preciso que el alma permanezca grande y vigorosa, aunque no sea sino para que pueda poner de tiempo en tiempo su fuerza y su grandeza al servicio del cuerpo.

Si los hombres llegasen alguna vez á contentarse con los bienes materiales, es de creer que perderian poco á poco el arte de producirlos, acabando por gozar de ellos sin discernimiento y sin progreso como los brutos.

CAPÍTULO XVII.

Por qué en los tiempos de igualdad y de duda importa alejar
el objeto de las acciones humanas.

En los siglos de fe se coloca el objeto final de la vida despues de ella misma. Los hombres de tales épocas se acostumbran naturalmente y, por decirlo así, sin querer á considerar un objeto inmóvil hácia el cual marchan siempre, y poco á poco aprenden á reprimir mil pequeños deseos pasajeros, para llegar despues á satisfacer mejor este grande y permanente que les atormenta. Cuando los mismos hombres quieren ocuparse de las cosas

de la tierra, se vuelven á encontrar con semejantes hábitos, y fijan á sus acciones de acá abajo un objeto general y determinado, hácia el cual se dirigen todos sus esfuerzos. No se les ve emprender diariamente nuevos proyectos; pero tienen ciertos designios que no dejan de proseguir. Esto explica por qué los pueblos religiosos han hecho tantas cosas durables; se ve que al ocuparse del otro mundo, habian hallado el gran secreto de ser felices en este.

Las religiones habitúan generalmente al hombre á conducirse en vista del porvenir, siendo en esto tan útiles á la felicidad de esta vida como á la de la otra: ved aquí una de sus principales tendencias políticas.

Pero á medida que se oscurecen las luces de la fe, la vista de los hombres se recoge, y se diria que cada vez el objeto de las acciones humanas les parece mas próximo.

Cuando un dia se han acostumbrado á no ocuparse de lo que debe sucederles despues de su vida, se les ve recaer fácilmente en esa completa y brutal indiferencia del porvenir, que es tan conforme á ciertos instintos de la especie humana; así que pierden el uso de colocar el objeto de sus principales esperanzas á una larga distancia, se inclinan á realizar sin retardo sus menores deseos, y parece

que desde el momento en que desesperan de vivir eternamente se disponen á obrar como si no debiesen existir sino un solo dia.

Siempre es de temerse en los siglos de incredulidad que los hombres se entreguen diariamente á la contingencia de sus deseos, y que renunciando del todo á obtener lo que no pueden adquirir sin muchos esfuerzos, no funden nada grande, pacífico ni estable.

Este peligro es todavía mayor si en un pueblo que tenga tales disposiciones el estado social se hace democrático.

Cuando cada uno trata incesantemente de mudar de puesto, cuando una inmensa concurrencia se abre á todos, y las riquezas se acumulan y se disipan en pocos instantes en medio del tumulto de la democracia, la idea de una fortuna fácil y repentina, de grandes bienes prontamente adquiridos y perdidos, y la imágen de la casualidad bajo todas sus formas, se presenta al espíritu humano. La inestabilidad del estado social favorece la volubilidad natural de los deseos, y en medio de estas perpetuas fluctuaciones de la suerte, lo presente se engrandece, oculta el porvenir que se borra, y los hombres no quieren ocuparse sino del dia siguiente.

En esos países en que desgraciadamente se en-

cuentran la irreligion y la democracia, los filósofos y los gobernantes deben interesarse en alejar siempre de la vista de los hombres el objeto de las acciones humanas.

Es preciso que el moralista aprenda á defenderse circunscribiéndose al espíritu de su siglo y de su país ; que diariamente se esfuerce en hacer ver á sus contemporáneos que en medio del movimiento perpetuo que los rodea, es mas fácil de lo que ellos suponen concebir y ejecutar grandes empresas ; que les haga ver que aunque la humanidad haya cambiado de aspecto, los métodos con cuya ayuda pueden los hombres procurarse la prosperidad de este mundo son los mismos , y que en los pueblos democráticos como en otra parte, solo resistiendo á mil pequeñas pasiones particulares de todos los días, es como se puede llegar á satisfacer la general del bienestar, que atormenta continuamente.

El deber de los que gobiernan se halla asimismo determinado.

En todos tiempos conviene que los que dirigen las naciones se conduzcan con la mira del porvenir ; pero todavía es esto mas necesario en los siglos democráticos y de incredulidad. Obrando así, los jefes de las democracias hacen no solamente prosperar los negocios públicos, sino que con su

ejemplo enseñan á los particulares el arte de conducir los privados.

Es preciso que se esfuercen en desterrar cuanto les sea posible el acaso del mundo político.

La súbita y mal merecida elevacion de un cortesano, no produce sino una impresion pasajera en un país aristocrático, porque el conjunto de las instituciones y de las creencias obliga habitualmente á los hombres á marchar con lentitud por vias de que no pueden separarse. Pero nada hai tan pernicioso como presentar semejantes ejemplos á un pueblo democrático ; ellos acaban por precipitar su corazon hácia la corriente que todo lo arrastra, y principalmente en los tiempos de escepticismo y de igualdad es cuando se debe evitar con cuidado que el favor del pueblo ó el del príncipe, que la casualidad os acuerda, y del que ella misma puede privaros, ocupe el lugar de la ciencia y de los servicios. Debe desearse que cada progreso parezca el fruto de un esfuerzo ; de tal suerte que no haya grandezas fáciles de adquirir, y que la ambicion se vea obligada á fijar por largo tiempo sus miradas en un objeto ántes de lograrlo.

Es preciso que los gobiernos se interesen en volver á dar á los hombres ese gusto por el porvenir que no inspiran ya la religion ni el estado social, y que, sin decirlo, enseñen cada dia práctica-

mente á los ciudadanos que la riqueza, el poder, la fama, son la recompensa del trabajo ; que los buenos sucesos se encuentran al cabo de los largos deseos, y que solo es durable lo que se obtiene con dificultad.

Cuando los hombres se han habituado á prever mui anticipadamente lo que les debe suceder acá abajo, y á alimentarse con esperanzas, les es difícil contener su espíritu en los límites precisos de la vida, y están dispuestos á traspasarlos para estender mas allá su vista.

No dudo que habituando á los ciudadanos á pensar en el porvenir en este mundo se les acercaria poco á poco, y sin que ellos mismos lo supiesen, á las creencias religiosas.

Por tanto, el medio que permite á los hombres hasta cierto punto vivir sin religion, es quizá el único que queda para conducir el género humano hácia la fe por un largo rodeo.

CAPÍTULO XVIII.

Por qué razon entre los americanos todas las profesiones decentes son reputadas honorificas.

En los pueblos democráticos en que no hai riquezas hereditarias, cada uno trabaja para vivir, ó ha trabajado ó nacido de gentes que han trabajado. La idea del trabajo se presenta al espíritu del hombre como condicion necesaria, natural y razonable del género humano.

No solo no deshonra el trabajo en estos pueblos, sino que se considera como mui decoroso, y la preocupacion no obra en contra de él, sino ántes le

favorece. En los Estados-Unidos un hombre rico mira como un deber para con la opinion pública, el consagrar sus ocios á alguna operacion de industria, de comercio ó de interes público, y creeria adquirir mala fama si no se cuidase mas que de vivir. Muchos americanos ricos se vienen á Europa huyendo de la obligacion de trabajar, y aquí encuentran sociedades aristocráticas entre las cuales la ociosidad es todavía honorífica.

La igualdad no solamente rehabilita la idea del trabajo, sino que la realza procurando un lucro.

En las aristocracias no es precisamente el trabajo lo que se desprecia, sino la ganancia ó provecho. El trabajo es glorioso cuando la ambicion ó la virtud lo inspiran únicamente. Sin embargo, sucede con frecuencia bajo la aristocracia, que el que trabaja por el honor no es insensible al incentivo de la ganancia; pero estos dos deseos no se encuentran sino en lo mas profundo de su alma; él tiene buen cuidado de ocultar á todos el lugar en que se unen, y cada cual se lo encubre á sí propio. En los países aristocráticos apenas hai funcionario público que no pretenda servir sin interes al Estado. Su salario es cosa en que algunas veces se fijan poco, y de que siempre aparentan no ocuparse; así, la idea del lucro permanece distinta de la del trabajo, y por mas que

de hecho se hallen juntas, el pensamiento las separa.

En las sociedades democráticas, al contrario, estas dos ideas están siempre visiblemente unidas. Como el deseo del bienestar es universal, las fortunas son mediocres y pasajeras, y cada uno tiene necesidad de aumentar sus recursos ó procurarlos nuevos á sus hijos, todos ven con claridad que la ganancia es, si no en todo, á lo ménos en parte, la que los inclina al trabajo. Los mismos que obran principalmente por el estímulo de la gloria, se familiarizan con la idea de que no lo hacen solo con esta mira, y descubren, cualesquiera que tengan, que el deseo de vivir se mezcla en ellos con el de hacer ilustre su vida.

Desde el momento en que todos los ciudadanos miran por una parte el trabajo como una honrosa necesidad de la condicion humana, y por otra, que él es visiblemente producido en todo ó en parte por la consideracion del salario, el inmenso espacio que separaba las diversas profesiones en las sociedades aristocráticas desaparece, y si no son todas iguales, á lo ménos tienen un rasgo semejante.

No hai ninguna profesion en que no se trabaje por el dinero, y el salario que es comun á todas, da á todas igualmente un aire de familia.

Esto sirve para explicar las opiniones de los americanos relativamente á las diversas profesiones.

Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico no se creen degradados por trabajar, pues al rededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el presidente de los Estados-Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar así como á ellos por servir.

En los Estados-Unidos las profesiones son mas ó ménos penosas, mas ó ménos lucrativas, pero nunca se consideran altas ni bajas. Toda profesion decente es honorífica.

CAPÍTULO XIX.

Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.

Creo que de todas las artes útiles, la agricultura es la que hace ménos progresos en las naciones democráticas, y aun podria decirse que es estacionaria, porque muchas otras parece que corren en sus adelantos.

Por el contrario, casi todos los gustos y hábitos que nacen de la igualdad conducen naturalmente los hombres hácia el comercio y la industria.